

**XXVII Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, marzo de 2015**

El culto de los mártires. José Martí lee a José María Heredia

**María Fernanda Pampín
UBA-Conicet**

Definir cuáles son las filiaciones de José Martí, en qué lugar se posiciona frente a las tradiciones intelectuales cubanas, a quiénes erige como figuras fundadoras es el propósito de esta lectura. Para ello, recuperamos la idea ya trabajada en textos anteriores en la que Said (1985) propone “hallar los comienzos” de una escritura y que Díaz Quiñones retoma en su ensayo *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición* (2006).

Los ensayistas cubanos Ana Cairo (2003) y Rafael Rojas (2008) se han ocupado largamente de documentar las lecturas y relaciones intelectuales de Martí durante este período y configurar un mapa del campo cultural habanero de inicios del siglo XIX. A mediados de siglo, y hasta la guerra por la independencia cubana, Martí se formó en un clima en el que patriotismo y nacionalismo se entremezclaron y en el que convergieron ideas apropiadas de diversos actores (anexionistas, separatistas y autonomistas) ligados, todos ellos, pese a sus evidentes diferencias, por el concepto de patria. *Patria, nación, nacionalidad*, han sido términos transitados por la intelectualidad criolla cubana en las primeras décadas del siglo XIX y a los que Martí estaría sumamente atento. Rojas explicita las diferencias entre estas nociones en su ensayo. “Patria es la nación criolla, arcaica, de pertenencia a la nacionalidad. [...] En las primeras décadas del siglo XIX se apela a la voz patria bajo circunstancias de dominación o amenaza externa. [...] Es algo que debe ser conquistado o defendido, algo que reclama lealtad y sacrificio.” (41-42). La idea de nación, si bien se comenzó a utilizar a comienzos del siglo, se consolidó en las últimas décadas y aparece en los discursos de los separatistas así como en el de los autonomistas y anexionistas. Refiere a “la idea moderna de la comunidad cubana por la cual se consideran ciudadanos en plenitud de sus derechos civiles y políticos todos los habitantes de la isla” (42). Intelectuales criollos como José María Heredia (1803-1839) y Félix Varela (1787-1853) comenzaron a utilizar el término *nación* desde los años veinte. Otros autores como José Antonio Saco (1797-1979), Domingo del Monte (1804-1853) y José de la Luz y Caballero (1800-1862) prefirieron, sin embargo, el concepto de *nacionalidad* en lugar del

de *nación*. No obstante, y en cualquier caso, se hacía referencia a una comunidad espiritual de un patriciado blanco que no contemplaba nunca a la población negra de la isla.¹

La patria surge, siguiendo a Rojas, del ideario de nación y “denota una pertenencia física y espiritual a la tierra, creación del suelo, ataduras del cuerpo y el texto al lugar de origen” (45). El imaginario criollo –y que Martí comparte- identifica la tierra como *lo propio*. Noción que tendrá costosas consecuencias para Martí no solo durante el período del destierro sino también en el regreso a su tierra natal y muerte como mártir de la patria. Como entiende Rojas, la idea criolla de la patria en tanto antecedente de la idea cubana de la nación representa el relato de la apropiación de la tierra.

La poesía e historiografía cubanas de fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX han tomado como propias la tarea de ocuparse de la tierra y sus dones naturales. Entre los poetas, desde Manuel de Zequeira y Arango, Manuel Justo de Rubalcava y Francisco Iturrondo hasta Plácido y José María Heredia, Cintio Vitier encuentra en *Lo cubano en la poesía* (2002) un modo de preparar lo que denomina el paisaje político de la independencia, aunque los poetas no lo realicen todavía con plena conciencia. “Su verdadero asunto”, admite, “es la naturaleza de la isla” (58).² Si la relación con la tierra y la representación de la naturaleza constituyen para esos años el vínculo del criollo con la patria, para la generación siguiente será diferente ya que la relación estará marcada por la guerra³. Habrá que llegar a los *Diarios* de José Martí, añadimos, para aunar ambos vínculos: será en sus páginas en las que la poética de la patria estará representada tanto por el elemento “paisaje” como por la guerra, aspecto que hemos desarrollado en oportunidades anteriores (Pampín 2009). Llegada la Guerra del 95, el vocablo *patria criolla*, con su carga moral antidemocrática, comienza a ser reemplazado lentamente y hasta mediados del siglo XX por el de *nación cubana*.

Mediante sus lecturas y filiaciones habaneras, consciente de pertenecer a un linaje cultural, dialogando y construyendo infatigablemente redes intelectuales⁴, fue llegando

¹ De este modo, se pone de manifiesto un racismo extremo por temor a una guerra racial como la acaecida durante la revolución haitiana.

² El discurso historiográfico de fines del XVIII reprodujo la cuestión de la apropiación de la tierra en autores como Félix de Arrate o Antonio José Valdés (Rojas 2008).

³ Como en los casos de Carlos Manuel de Céspedes o Ignacio Agramonte, protagonistas y líderes de la Guerra de los Diez Años.

⁴ Tarea que Martí desarrolló con mayor intensidad en México, Guatemala y Nueva York, luego de su partida al destierro, interesado especialmente en interactuar con la comunidad de residentes cubanos.

Martí a una idea republicana de nación.⁵ En su período de formación en la isla, Martí, como otros autonomistas, intentaba asimilar la herencia cultural del patriciado criollo: Avellaneda, Mendive, Varela, Luz y Caballero, Agramonte, Bachiller y Morales, Varona.⁶

De la intelectualidad habanera de comienzos de siglo, nos interesa especialmente el vínculo que establece Martí con la figura de José María Heredia. Heredia cantó antes que Martí a la libertad de Cuba y eso lo convierte en su propio precursor: poeta romántico y desterrado político. Martí se preocupaba por construir su propio linaje y, en ese sentido, la evocación de Heredia le permitía comenzar a debatir sobre la memoria criolla cubana y sobre los héroes e hitos independentistas. Sus textos sobre Heredia funcionan como un punto de partida para reflexionar en torno a la literatura nacional, la identidad cubana, la noción de pertenencia y la patria. Si bien refiere a él en diversas oportunidades, entre las que se destaca una temprana nota en la *Revista Universal* publicada el 27 de mayo de 1875 donde anunciaba la reedición neoyorquina de la obra poética de Heredia (2011, OC 4: 167)⁷, se ocupa fundamentalmente de él en dos textos que funcionan en conjunto en la medida que ambos ponen en evidencia las preocupaciones antedichas. El primero de ellos es un ensayo publicado en *El Economista Americano* en julio de 1888 y el siguiente es un discurso pronunciado en Nueva York el 30 de noviembre de 1889 en un tributo público organizado por el propio Martí, del que participaron diversos oradores y en el que tuvieron lugar lecturas de la obra de Heredia. El epistolario de los días anteriores al homenaje revela que Martí trabajó arduamente con la comunidad de cubanos en los Estados Unidos para preparar esa velada que tenía el propósito de recaudar fondos para adquirir la casa natal del

⁵ Esta idea se apoyaba entonces en los derechos individuales, el sufragio universal, la libertad de pensar y el *self-government*, que consolidó a lo largo de los años en su proyecto literario. En este sentido, fueron indiscutibles los aportes y experiencias de Simón Bolívar, Fray Servando Teresa de Mier, Félix Varela y, por supuesto, José María Heredia (Rojas 2008: 157) en Hispanoamérica. En el ámbito internacional, Martí refiere en diversas oportunidades al debate francés sobre la cuestión de la patria entonces vigente y que conocía a través de las obras de Renan, Michelet y Taine. (Lamore 1990: 260).

⁶ Además de estas relaciones que podríamos denominar intelectuales, Martí se sintió ligado a otros protagonistas de la historia cubana, especialmente a los héroes de la Guerra de los Diez Años, como Máximo Gómez, Calixto García y Antonio Maceo.

⁷ Este es el único caso con el que trabajamos con la edición digital de las *Obras Completas* (2001) debido a que el Tomo 4 recoge sueltos y gacetillas, muchos de ellos sin firma, pero que se atribuyen a Martí que no había sido publicados en la edición anterior. Luego, el 25 de febrero de 1878, en *El Porvenir* de Guatemala, refiere raudamente a Heredia como “el poeta Píndaro”. Posteriormente, en el prólogo al *Poema del Niágara* de José Antonio Pérez Bonalde, reitera la imagen y se refiere a que “el poema tiene el alarde pindárico, el vuelo herediano” (OC 7: 233).

poeta, situada en Santiago de Cuba. En una de las epístolas dirigidas a Enrique Trujillo escribe Martí en noviembre de 1889:

Yo creo en el culto de los mártires. ¿Quién, si no cumple con su deber, leerá el nombre de Heredia sin rubor? ¿Qué cubano no se sabe de memoria algunos de sus versos, ni por quién sino por él y por los hombres de sus ideas, tiene Cuba derecho al respeto universal? Él era de los de fuerza bolivariana y tuvo a la vez el fuego del libertador y el de sus poetas. ¿Cuándo le habremos pagado los cubanos lo que le debemos? Más podríamos hacer aquí todavía. El invierno es triste y necesitamos ponerle algún fuego al corazón. ¿Por qué no nos juntamos nosotros en una noche de Heredia? (O.C. 20: 355)

Al revelar los propósitos de este homenaje hallamos un Martí interesado en la figura literaria de Heredia a través de su impulso republicano y patriótico. Por eso, en su retrato dirá que fue “el que acaso despertó en mi alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad” (OC 5: 165).

Martí compone para Heredia una semblanza biográfica, que aunque resulta similar a otras que escribiera en tantas oportunidades en las que se refería a escritores, artistas o políticos, otorga aquí al poeta un lugar en el recientemente estrenado panteón cubano: sus poemas en el destierro⁸ no pueden sino ser hazañas literarias y, de este modo, Martí transforma a Heredia en un héroe nacional. Porque quizás Martí, al escribir sobre Heredia, está escribiendo sobre sí mismo. Como Martí, Heredia fue poeta y se desempeñó como periodista y traductor de varias lenguas (latín, inglés, francés e italiano) en México y en Estados Unidos, países en los que residió durante su exilio.⁹ Con pluma ágil, alborotada, rescata datos biográficos de la historiografía cubana que tenía al alcance de su mano y así escribe sobre su vida y muerte romántica: “aquel que murió joven, fuera de la patria que quiso redimir” (O.C. 5: 138), joven, solo y triste en territorio mexicano.¹⁰ El discurso

⁸ Heredia escribió gran parte de su obra en el exilio. Ni bien llegaban a Cuba, los poemas “circulaban clandestinamente, a veces hasta en manuscritos, por toda la isla; se aprendían de memoria y se recitaban en reuniones privadas como forma de protesta y resistencia a la autoridad española” (Santí 2002: 25).

⁹ A los veinte años, José María Heredia debió dejar la isla de Cuba, ya que se lo acusaba de participar en la conspiración *Rayos y soles de Bolívar* contra el gobierno español. Vivió desde finales de 1823, durante todo 1824 y parte del año siguiente en Nueva York, donde se reunió con el presbítero Félix Varela para promocionar el republicanismo hispanoamericano. Durante ese período, consta en sus cartas a familiares que al menos una vez visitó a Heredia en Filadelfia durante el primer año de su estadía. Por otra parte, Varela gestionó en Nueva York la primera edición de las *Poesías* de Heredia por la imprenta Librería de Behr y Kahl. En sus escritos se revela un gran entusiasmo por la independencia de las trece colonias norteamericanas, por la república federal y por la figura de Washington, especialmente. Heredia consagró diversos poemas a enarbolar la tradición republicana de los EEUU.

¹⁰ Martí parece utilizar en su propia escritura para la descripción del poeta “ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso” con el que describe lo herédico (O.C. 5: 136).

martiano en torno a su figura interviene para producir lo que Julio Ramos denomina “ética del patriotismo” (1997: 165). En este sentido, consideramos que sus textos sobre Heredia posibilitan el registro de la relación de un nuevo tipo de sujeto intelectual con la patria, relación que se ve mediada por el proceso de autonomización estética (167). Sin embargo, al igual que Rafael Rojas, entendemos que la filiación entre Martí y Heredia pasa por su biografía y no por su literatura. Así como lo elogia, nada impide a Martí criticar a Heredia cuando lo considera necesario:

Suele ser verboso. Tiene versos rellenos de adjetivos. Cae en los defectos propios de aquellos tiempos en los que al sentimiento se decía sensibilidad; hay en casi todas sus páginas versos débiles, desinencias cercanas, asonantes seguidos, expresiones descuidadas, acentos mal dispuestos, diptongos ásperos, aliteraciones duras. (O.C. 5: 137)

La crítica continúa en el retrato escrito un año más tarde: “Su prosa tiene galicismos frecuentes, como su época [...] y muchos versos pudieran ser mejores de los que son”. Sin embargo, de inmediato entiende que debe disculparse y no encuentra razón suficiente para una confrontación literaria: “para poner lunares están las peluquerías”, escribe (O.C. 5: 173). Por lo tanto, consideramos que Heredia no ostenta para Martí el título del gran poeta cubano pero sí el del poeta de la patria. Y, pese a la dureza con que aborda la crítica de sus poemas, Martí parece absolver a Heredia de cargo y culpa cuando su referente es Cuba.

¿Qué tiene su poesía, que sólo cuando piensa en Cuba da sus sonos reales; y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, o el del mar que lo lleva a sus orillas, o el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa, con florones caídos y doseles a medio color, y no, cuando piensa en Cuba, coronada de rayos? (O.C. 5: 170).

Y, aun cuando mantenía en el primer retrato que “a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica” (O.C. 5: 137), Martí parece por momentos desconocer los traspies impresos en la escritura herediana cuando logra identificarse ante el dolor del destierro. Cuba produce la filiación y los vuelve, de este modo, semejantes. Por ese motivo Martí se reconoce como hijo del poeta (OC 5: 166) y lo llama padre.¹¹ Heredia y Martí conforman una familia de poetas desterrados.

Es así como Martí no reclama la herencia de la poesía romántica -a la que incluso condena severamente en ciertos pasajes del texto- sino que busca aproximarse a su experiencia y trayectoria americana. Heredia es quien hermana los pueblos americanos en

¹¹ Para un estudio sobre las paternidades de Martí cfr. Rojas (2008).

su recorrido: La Habana, Santo Domingo, Caracas, México, Nueva York, “el que para ser en todo símbolo de su patria, nos ligó en su carrera de la cuna al sepulcro, con los pueblos que la creación nos ha puesto de compañeros y hermanos” (175). Hijo de su época, afirma Martí, “ni Heredia ni nadie se libra de su tiempo” (138), representa al primer poeta americano, aquel que logró poner en versos la pasión por los dones naturales del continente.

Desde el siglo XIX, la historiografía y la crítica literaria cubanas han contribuido a la construcción de dos facetas en la figura de Heredia que en algunos casos difieren y, en otros, resultan complementarias. Estas perspectivas recortan la figura del precursor del independentismo o bien al poeta ícono del romanticismo. En esa oscilación inicial se encuentran los retratos martianos cuando escribe “ya desde la niñez precocísima lo turbaba la ambición de igualarse con los poetas y los héroes” (O.C. 5: 133) pero de inmediato nos persuade de que celebra al héroe y su epopeya más que al poeta. Por eso, a la vez que critica su escritura poética, cuando resalta un texto herediano se ocupa de destacar aquellas obras más representativas y cercanas a su objetivo: las tragedias *Tiberio* y *Los últimos romanos*, en las que Heredia expone su idea de patria aun cuando su referente no es Cuba, o los poemas consagrados a la causa de la libertad. En su empeño por construir el panteón independentista cubano, Martí ignora y omite deliberadamente el desencanto político de Heredia frente a la experiencia republicana de México durante sus últimos años de vida, su activa participación en el periódico *El conservador* durante la década de 1830, asociado a las corrientes más moderadas del momento, y su regreso a La Habana colonial en 1836 (Rojas 2010: 171-172).¹² Mantiene con Heredia una relación similar a la que sostiene con otros héroes americanos como Bolívar y San Martín.¹³ Julio Ramos (1997) sostiene que la

¹²En carta a Miguel Tacón, entonces capitán general de la isla, Heredia confiesa su desilusión política y solicita regresar a Cuba para encontrarse con su madre. “Es verdad que hace doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirla habría sacrificado gustoso mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando desde hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquier tentativa para trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano” (José María Heredia, *Niágara y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho 1990, p. 579). Según Rojas “La biografía política de José María Heredia ilustra, pues, la trayectoria de un republicano que, hacia 1830, como tantos otros intelectuales hispanoamericanos de la época poscolonial, toma distancia frente a los excesos del federalismo y el liberalismo, e intenta conducir su encanto por vías constitucionales. En la década siguiente, muchos de esos republicanos frustrados se transformarían en conservadores y monarquistas o actuarían como precursores intelectuales de las corrientes conservadoras y monárquicas que se difundieron en Hispanoamérica a mediados del siglo XIX” (2010: 173-174).

¹³ Martí equipara a Heredia con Bolívar, a quien valora como su único semejante en literatura, y en ese punto efectúa un movimiento complejo por el que invierte la figura de Bolívar al rescatarlo como escritor en lugar de destacar su epopeya independentista como lo hiciera en otras oportunidades.

crisis del heroísmo en la sociedad y la literatura moderna se vincula con los procesos de autonomización literaria que determinan la pérdida de la función social del intelectual. Esta situación genera un conflicto en Martí, quien en la figura de Heredia cruza estética y política y, en esa encrucijada, funde y confunde, deliberadamente, en un discurso que la desborda, la literatura con la patria. Así, en ese gesto que organiza el pasado y convierte a Heredia en héroe de la patria, interviene en lo que Susana Zanetti denominó “la monumentalización del pasado y la construcción de los lugares de la memoria” (1999: 159). En este sentido, la presencia de la literatura herediana aparece como una reflexión que excede al intento de comprensión de sus destrezas literarias y su posicionamiento respecto del canon cubano. Desde otra perspectiva, Enrico Mario Santí afirma que “el criterio que parece haber prevalecido en la construcción del canon cubano ha sido la percepción común de cómo el texto contribuye a formar la identidad nacional” (1996: 368-369). Antes de Martí, a fines de la década de 1850, Antonio Bachiller y Morales, “en el primer intento moderno de historizar la literatura cubana” apunta que en Heredia “se eterniza por primera vez el amor a la patria” (1965: 35) y, de este modo, comienza a escribir la historia de la poesía cubana. Entre letrados y estadistas, Heredia conforma ese grupo de *hombres útiles* que “merecen ocupar un lugar en el sepulcro de los beneméritos de la patria” (67). Las lecturas que Martí hace de la figura y literatura de Heredia continúan esa misma línea de sacralización y posicionan a Heredia en el centro del catálogo de autores cubanos de las primeras décadas del siglo XIX. No obstante, Martí añade a esa sacralización -la de los padecimientos del destierro-, el culto del sacrificio y así escribe: “En el dolor tiene él su gozo. ¡En su patria, ni pensar puede, porque su patria está allá, con el déspota en pie, restallando el látigo, y todos los cubanos arrodillados! (OC 5: 172).¹⁴ En esa operación, indudablemente, Martí se identifica y se proyecta. De este modo, en el homenaje que Martí consagra a Heredia construye su propio precursor y enarbola, vanidosamente, el culto de los mártires.¹⁵

¹⁴ Prácticamente un siglo después, José Lezama Lima confirmaba en *La cantidad hechizada* que “La sacralidad de Heredia como poeta se fundamenta en el hecho de que a ese niño, guardado, mimado, le fue impuesto un destino dictado por un dios irritado, por su *ananké*, por la fatalidad” (1977: 953). La imagen de Heredia como niño mimado que toma Lezama es de Martí.

¹⁵ Esta cuestión puede pensarse, asimismo, en relación con la canonización de su propio culto en el siglo XX. Los ensayistas cubanos en el exilio han comenzado a trabajar, en las últimas dos décadas, en el proyecto de desacralización del mito martiano. Nos referimos especialmente a las obras producidas por Antonio José

Bibliografía

- Bachiller y Morales, A. (1965). *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la isla de Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, t.1.
- Cairo, A. (2003). *José Martí y la novela de la cultura cubana*. Universidad, Santiago de Compostela, 2003.
- De Armas, E. (1984). “Heredia en Martí: la pasión inextinguible por la libertad”. En *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, Vol. 7, 66-81.
- Del Risco, E. (2008). *Elogio de la levedad. Mitos nacionales cubanos y sus reescrituras literarias en el siglo XX*. Madrid, Colibrí.
- Díaz Quiñones, A. (2006). *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Lamore, J. (1990). “Acerca de la idea de patria en Martí (1869-1889)”. En *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, Vol. 13, 258-265.
- Lezama Lima, J. (1977). “La pintura y la poesía en Cuba (siglos XVIII y XIX)”. En *La cantidad hechizada. Obras Completas*, tomo II. México, Aguilar.
- Martí, J. (1991). *Obras completas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales (27 tomos).
- _____. (2011) *Obras Completas. T. 4* La Habana: Centro de Estudios Martianos. (edición digital)
- Morán, F. (2014). *José Martí, la justicia infinita. Notas sobre ética y otredad en la escritura martiana (1875-1894)*. Madrid, Verbum.
- Ponte, A. J. (2001). *El abrigo de aire. Ensayos sobre literatura cubana*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo.
- Rama, Á. (1971). “La dialéctica de la modernidad en José Martí”. En *Estudios Martianos. Seminario José Martí*, 129-197. Universidad de Puerto Rico.
- Ramos, J. (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México, FCE.
- _____. (1997). “El reposo de los héroes”, en *Prismas* N° 1, Universidad Nacional de Quilmes, 35-43.
- Rojas, R. (2000). *José Martí: la invención de Cuba*. Madrid, Colibrí.
- _____. (2010). *Las Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*. Buenos Aires, Taurus.
- _____. (2008). *Motivos de Anteo. Patria y nación en la historia intelectual de Cuba*. Madrid, Colibrí.
- _____. (2000). *Un banquete canónico*. México, FCE.
- Said, E. (1985). *Beginnings: Intention and Method*. Nueva York, Columbia University Press.
- _____. (1997). *Por una politeratura. Literatura hispanoamericana e imaginación política*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Ediciones del Equilibrista.
- Vitier, C. (2002 [1958]). *Lo cubano en la poesía*. La Habana, Letras Cubanas.
- Zanetti, S. (1999). “Las lanzas coloradas”. En Susana Zanetti (Comp.). *Legados de José Martí en la crítica latinoamericana*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 157-171.

Ponte (2001), Enrique del Risco (2008), Rafael Rojas (2010), Francisco Morán (2014) y Enrico Mario Santí (1997 y 2002).